

rán despues de la muerte, y despues que hayan sido reducidos á cenizas: y lo aseguran con tanta confianza, que parece; que ya están resucitados. Su necedad es doble, porque por una parte aseguran la destruccion del cielo y de los astros, siendo así que los dexamos en el mismo estado, en que los habiamos encontrado, y por otra se prometen á sí mismos la inmortalidad, no obstante, que ven, que no nacemos todos, sino para morir. La adhesion que ellos tienen á su dogma de la resurreccion, es sin duda la causa de que condenen nuestra costumbre de quemar los cuerpos; como si el tiempo necesitara de fuego para reducirlos á polvo, y como si no fuera del todo indiferente para los cuerpos, que los coman las bestias, los arrojen al mar, ó los inhumen y consuman al fuego. Antes bien la sepultura sería un suplicio para ellos, si fueran capaces de sentimiento: ni el fuego produce otro efecto, que el de destruirlos con mayor prontitud. Por una consecuencia del mismo error, esos hombres modestos se reservan para sí solos, como si ellos solos fueran justos, una vida feliz y eterna despues de la muerte, y condenan á los demás, como si fueran criminales, á suplicios eternos.

Añaden los Christianos otras cosas, que no puedo ventilar por falta de tiempo: ya he dicho, y no hay necesidad de probarlo, que son los hombres mas perversos: y aun quando concediere, que son justos, la opinion comun es, que

así el crimen, como la inocencia, debe imputarse al destino. Ni vosotros os apartais tampoco de este dictámen, puesto que atribuis á Dios todo lo que nosotros hacemos, así como los demás lo atribuyen al destino. Decis tambien, que no todos los que lo quieren, abrazan vuestra secta, sino sólo aquellos, que Dios ha elegido: y de este modo pintais á Dios, como un Juez iniquo, que castiga en los hombres el destino, y no la voluntad.

Pero respondedme, os ruego: ¿Se ha de resucitar con el cuerpo, ó sin él, con el mismo, ó con otro? ¿Sin cuerpo? No: porque sin cuerpo no hay ya espíritu, alma, ni vida. ¿Con el mismo cuerpo? Tampoco: porque hace mucho tiempo que se destruyó. ¿Con otro? Menos: porque esto sería nacer otro hombre, y no renacer el mismo. Además de esto, al cabo ya de tantos siglos, ¿ha vuelto un solo hombre del otro mundo, por lo menos al modo que Protesiláo, con alguna licencia de pocas horas, para hacernos creer unas cosas tan increíbles? Ninguno. Todos esos son delirios de un cerebello desbaratado, ó vanas ficciones de los Poetas, con las cuales vosotros, locamente crédulos, habeis querido honrar á vuestro Dios.

La experiencia de lo presente debia convenceros del engaño de las promesas que os hacen, y de la quimera de vuestros deseos. ¿No veis cuánto sufris en vida? Pues juzgad de aquí lo

que podeis esperar despues de la muerte. La mayor parte de vosotros, y esto vosotros mismos lo confesais, los mas justos se ven en la mayor miseria, y son víctimas de la hambre, de la sed y del trabajo. Vuestro Dios lo permite, y al parecer no se cuida de ello: luego ó no quiere, ó no puede socorreros; por consiguiente, ó es injusto, ó carece de poder. Pero vosotros, con vuestros delirios de inmortalidad despues de la muerte, aun quando os veis amenazados del peligro, abrasados por la fiebre, ó despedazados por el dolor, no sentis vuestro destino, vuestra flaqueza, ni vuestro infortunio, y os obstinais en no confesarlo. Yo no hablo de los males que os son comunes con los demás hombres; sino de esas torturas, de esos suplicios, de esas cruces, que no adorais, sino que padecéis, de esos fuegos, que predecís y temeís; de los cuales males no puede preservaros vuestro Dios en esta vida. ¿Y creéis, que será todo poderoso para haceros felices despues de la muerte?

Los Romanos, sin la ayuda de vuestro Dios, mandan á toda la tierra, y son señores vuestros; y vosotros, inquietos, sobresaltados, os pribais de los placeres mas honestos; no asistís á los espectáculos, ni á los festines públicos; detestais los combates sagrados, las viandas que se ofrecen sobre nuestros altares, y el vino con que se han hecho las libaciones. Esto es prueba de que temeís á aquellos mismos Dioses, que negais. Vo-

sotros no os coronais de flores, no os perfumais, y reservais los perfumes para vuestras funerales: haceis escrúpulo de arrojar flores sobre los sepulcros: estais pálidos, trémulos, y sois finalmente dignos de la compasion de nuestros Dioses. No resucitaréis; y haced cuenta de que ni siquiera vivís ahora.

Si todavía conservais el juicio y el pudor, dexaos de observar los cielos, y no pretendais adivinar los secretos y destinos del mundo: los hombres ignorantes, groseros y rústicos bastante tienen en que entender con solo mirar á sus pies: quanto mas que aquellos hombres, á quienes no es dado entender en los negocios de la vida civil, ¿cómo es posible, que discurran con tino acerca de las cosas divinas? Si teneis, pues, tanto deseo de filosofar, haced por imitar á Sócrates, modelo de sabiduría; el qual, siempre que se le preguntaba acerca de las cosas celestes, *lo que está sobre nosotros*, respondia, *no nos interesa*. Por tanto el Oráculo lo declaró por el mas sabio de todos los hombres; y no porque hubiera llegado á saberlo todo, sino porque habia aprendido, que no sabía nada. La suma sabiduría del hombre es la conviccion de su ignorancia propia.

Este es el principio que dió origen á las distintas sectas de los Académicos, cuya profesion los obliga á dudar aun en las mayores questões: que es el partido mas seguro para los igno-

rantes, y el mas glorioso para los sabios. Yo no hallo cosa mas admirable acerca de esto, y al mismo tiempo mas digna de ser imitada, que la respuesta del Poeta Simónides, á quien el Rey Hierón empeñó varias veces, para que le dixerá lo que pensaba acerca de los Dioses. Pidió Simónides primero un día para reflexionarlo; pidió luego dos, y luego quatro; y por fin le respondió al Tirano, despues de tantas dilaciones, que quanto mas pensaba en aquella pregunta, tanto mas dificultosa hallaba su resolusion.

Yo, por mi parte, opino, que es preciso dexar las cosas en el estado de duda en que están, y no decidir temerariamente, quando tantos hombres grandes se mantienen dudosos; porque de lo contrario nos exponemos á introducir una supersticion ridicula, ó á destruir toda Religion.

Así habló Cecilio; y con cierto ayre de sonrisa, porque su desenfrenada cólera habia calmando mucho durante su discurso, ¿qué tiene, dixo, que responder Octavio, de la raza de Plauto, y el primer Panadero sin contradiccion (a), ya que no sea el primero de los Filósofos?

(a) La obligacion de traductor nos ha precisado á conservar esta fria bufonada, con que Cecilio pretende echar en cara á los Christianos la baxeza de su condicion, y la miseria de la mayor parte de ellos, aludiendo á los cuentos que se han publicado acerca de Plauto, de quien se dice, que se vió precisado á trabajar en casa de un Panadero, para ganar la vida.

Dexa, le dixe yo entonces, de aplaudirte á costa de Octavio; porque todavia no es tiempo de cantar el triunfo, hasta que se haya oido á las dos partes.

Además de que no tratamos de ninguna gloria de poca importancia, sino de averiguar la verdad, y de cogerla como fruto de esta conferencia. Tu ingenioso discurso me ha dado mucho gusto; pero yo debo sin embargo elevarme á mas altas consideraciones, nó precisamente sobre nuestra disputa, sino en general sobre todas las disputas.

Sucede muchas veces, que la sutileza y eloqüencia del discurso cubren con un velo espeso las verdades mas luminosas. Los que lo escuchan se dexan llevar del encanto de las palabras, pierden de vista el fondo de las cosas, y confunden lo falso con lo verdadero; tanto mas facilmente quanto no saben, que algunas veces lo falso es verisimil, y lo verdadero no lo es. Muchas veces tambien, engañados por su culpa, ó por su credulidad, desesperan de hallar la verdad, y se precipitan en un pirronismo universal. Se debe poner mucho cuidado en no pasar tan ciegamente de una imprudente credulidad al extremo opuesto; y no porque hayamos dado nuestra confianza á hombres, que la han engañado, hemos de pasar al extremo de desconfiar de otros hombres mas virtuosos, y mas verdaderos.

Yo ciertamente me hallo aquí bastante embrazado entre dos antagonistas, ambos diestros en

el arte de defender su causa; porque frecuentemente está la verdad por una parte, aunque algo oscurecida, y por la otra, la sutileza y la eloquencia suplen por la solidez de las pruebas. Así qué, debo pesarlo todo con mucha madurez, de suerte que dé al talento los elogios, que merezca, y no admita ni apruebe sino la verdad. Ya eso, replicó Cecilio, es en cierto modo desnudarse del carácter de Juez imparcial; porque todas esas consideraciones van encaminadas á debilitar la fuerza de mi discurso, y en nada se oponen á la respuesta que va á dar Octavio, si es que está en disposicion de contradecirme.

Tus quejas, le respondí, no van fundadas. Lo que yo he dicho es comun á entrambos; y toda mi pretension se reduce á que no debo pronunciar mi juicio, hasta despues de haber examinado escrupulosamente la fuerza de las pruebas, sin respeto á la eloquencia. Pero no perdamos mas tiempo (a); escuchémos con la mayor atencion la respuesta de Octavio, que al parecer está impaciente por hablar.

Tomó Octavio la palabra, y yo responderé, dixo, como mejor pudiere; pero tú, ó Minucio,

(a) He abreviado esta digresion, que interrumpe el curso del Diálogo, y corta el hilo del asunto principal. El mismo Minucio lo conoció tambien, y parece que lo da á entender con aquellas palabras: *no perdamos mas tiempo*. Por otra parte, en este trozo se hallan algunas amplificaciones, y bastante obscuridad.

debes unirte conmigo, para borrar con la fuerza de la verdad las tachas, con que se ha querido afeár nuestro nombre. No quiero disimular ante todas cosas, que el discurso de nuestro amigo me ha parecido tan vago y tan ambiguo, que podria dudarse, si su eloquencia era defectuosa, ó si era consecuencia natural del error: porque habiendo manifestado al principio, que creía la existencia de los Dioses, la ha puesto despues en duda; de suerte que la movilidad de sus aserciones no me permite oponerle respuestas ciertas. Estoy muy distante de tachar á Cecilio de artificioso, porque su candor lo pone á cubierto de una sospecha semejante: pero así como, el que no sabe cuál es el camino recto, se halla embarazado, si encuentra muchos, y ni puede determinarse á seguir uno, ni puede tampoco seguirlos todos; del mismo modo, el que no conoce con seguridad la verdad, quanto mas opiniones diferentes se presentan á su imaginacion, tanto mas perplexo se halla é indeciso. No es, pues, de admirar, que Cecilio se halle tan ambiguo y tan incierto, y se contradiga á sí mismo. Yo espero, solamente con el favor de la verdad, que le voy á poner delante de los ojos, que destruiré todo quanto ha sentado, y lo fixaré para siempre en una opinion, dando de este modo fin á sus agitaciones, á sus dudas y á sus errores.

Y puesto que mi hermano ha dado á entender, que no podia ver sin cólera y sin indigna-

cion, que unos hombres pobres, sin letras y sin ciencia, discurren acerca de las cosas del cielo; voy primero á demostrarle, que todos los hombres, sin distincion de edad, sexô, ni condicion, han nacido racionales, y son por consiguiente capaces de encontrar la sabiduría; que los mismos Filósofos y los inventores de las artes, que han hecho eternos sus nombres, fueron tenidos en su principio por hombres vulgares, pobres é ignorantes; que los ricos, idólatras de sus tesoros, no piensan jamás en el cielo; y que solamente los Christianos pobres han hallado la sabiduría, y la han enseñado á los demás: de donde resulta, que la razon no proviene del estudio, ni de las riquezas, sino del Autor de nuestra alma. Con que no será por consiguiente motivo de indignacion, el que nosotros investiguemos y enseñemos la ciencia del cielo. Ni se ha de atender tampoco á la calidad de las personas, primero que á la verdad de las razones: y quanto mas sencillo es el language, y mas desnudo de adornos, tanto es mas claro, y mas propio para persuadir, que solo tiene á la verdad por objeto.

Yo le concedo sin dificultad á Cecilio, que el hombre debe conocerse, investigar lo que es, de dónde proviene, por qué ha nacido; si ha sido formado por el concurso fortuito de los átomos ó de los elementos; ó si es que debe su sér á Dios. Pero es el caso, que no puede uno co-

nocerse á sí mismo, sin conocer al universo con quien está unido, y sin conocer á Dios, que es autor de todo. Para portarse uno bien en la sociedad civil, es preciso que forme primero idea de esta gran sociedad de todos los seres: y la principal diferencia que hay entre el hombre y la bestia consiste, en que esta, inclinada hácia tierra, no se emplea sino en buscar su alimento; y el hombre, que tiene el rostro levantado para contemplar el cielo, está dotado de razon para conocer á Dios, y para imitarle: de suerte que sería un crimen, que cerrase los ojos á una luz tan resplandeciente, ó que buscase sobre la tierra lo que no podemos hallar sino en el cielo.

¡Extraña ceguedad! atribuir al acaso mas bien que á Dios, la formacion admirable del universo! ¿Hay cosa mas manifiesta ni mas incontestable, si se considera el cielo, la tierra, y toda la naturaleza; hay, repito, cosa mas manifiesta ni mas incontestable, que la existencia de un Dios, de una Inteligencia infinita, que dió sér al universo, que lo anima, lo mueve, lo conserva y lo rige? Véase sino la inmensidad de los cielos, la rapidez de su revolucion, cómo están sembrados de luminares durante la noche, y cómo uno solo esparce la luz por todas partes durante el dia.

¿Y desconocerás todavía á su divino Autor? El sol, cuyo curso es la medida del año; la luna, cuyas fases distinguen las diferentes partes

del mes; los astros, que arreglan la navegacion, el tiempo de la labor, y de la cosecha; esa sucesion jamás interrumpida de la luz y de las tinieblas, que le señala al hombre el tiempo del trabajo y del descanso: todas estas maravillas, en una palabra, que no pueden estudiarse, ni comprehenderse sino á duras penas, ¿ pueden, pregunto, dexar de ser obra de la razon y de la inteligencia? ¿Qué diré yo de esa vicisitud perpetua é inalterable de las estaciones, tan necesaria para todas las producciones de la tierra; de la primavera con sus flores, del estío con sus mieses, del otoño con sus frutos, del invierno con sus olivas? ¿No anuncia todo esto una Providencia tan sábia como benéfica? Y no digo nada de la particular atencion que ha puesto en la division y orden de las estaciones; pues ha hecho que la primavera sucediese al invierno, y el otoño al estío; para que de este modo, en vez de pasar repentinamente de los hielos del uno á los ardores del otro, y al contrario, fuesemos conducidos por grados casi insensibles.

Pon los ojos en el mar, y verás, que la ley que lo contiene dentro de su madre, está escrita sobre la ribera: mira los árboles, que hallan su alimento en las entrañas de la tierra: considera el fluxu y refluxu del Occéano, las fuentes y los riachuelos distribuidos como otras tantas venas sobre la tierra para regarla; los rios que corren sin interrupcion; la tierra repartida con tan-

ta sabiduría en valles, en colinas y en montañas; los animales que la cubren, provistos todos de armas prodigiosamente variadas para defenderse, unos dotados de una ligereza extraordinaria para la carrera, otros, que atraviesan el ayre á beneficio de sus alas.

Y quando de nada de esto hicieramos aprecio, la forma sola del cuerpo humano, mas que ninguna otra cosa, anuncia á Dios por su autor. Esta estatura recta, este rostro vuelto hácia el cielo, todos los sentidos colocados en la cabeza como en una fortaleza, y los ojos en la parte mas elevada, como centinelas... ¡Ha! sería muy largo que yo me detuviese á decirlo todo en particular: baste saber, que no hay parte alguna en todo el cuerpo, que no sirva á un mismo tiempo para el adorno, y para la necesidad. Y lo que es mas admirable todavia, la misma forma es comun á todos los hombres, y sin embargo se halla variada en cada uno: de suerte que todos se asemejan, y todos son diferentes. ¿Y qué diré de nuestro nacimiento, del deseo de reproducirnos, y de la leche que Dios prepara en el seno materno para que sirva de alimento al niño?

Ni la Providencia se limita á cuidados generales sobre la tierra, sino que también se extiende sobre cada comarca en particular. Porque si la Gran Bretaña carece en gran parte de las influencias del sol, se le recompensa con los vapores tibios que despide el mar. El Nilo sirve

de lluvia al **árido** Egipto: el Eufrates fertiliza los campos de **Mesopotámia**: el Indo riega y fecunda (a) los de **Levante**. Con que si quando entras en una **casa**, donde todo está limpio, arreglado, y dispuesto con algun gusto, no dudas que habrá un **Señor** mas digno de aprecio todavía, que lo **que** ven tus ojos; ¿por qué, quando te pones á **mirar** el cielo y la tierra, no has de creer tambien, que este inmenso palacio, en que por todas **partes** resplandece el orden, la sabiduría y la **magnificencia**, es obra de un Señor muy **superior** á todo lo que ha hecho?

Pero supuesto que no puede ponerse en duda la **Providencia**, acaso dudarás solamente, si se han de admitir **muchos** Moderadores del universo, ó uno solo. Es cosa muy facil saber á que atenerse en esta **parte**, si se ha de juzgar del imperio del cielo **por** los reynos de la tierra. ¿Comenzó nunca la **division** de la soberanía de buena fe, ó cesó **sin** efusion de sangre? Nada digo de los Persas, á quienes el relincho de un caballo les dió un **Rey**, ni de la fábula de los dos hermanos **Soberanos** de Tebas, que se degollaron mutuamente.

El reynado **de** los dos Mellizos sobre pasto-

(a) Octavio dice, **siembra**, gan sus aguas. Nos ha parecido qual de ninguna manera recido reducir la hipérbole á puede convenir á un **rio**, por su justo valor, substituyéndolo muy fecundas que se supondo **fecunda** á **siembra**.

res y cabañas, hizo sus nombres inmortales: las guerras del Suegro y del Yerno destruyéron el universo, y la fortuna de este imperio inmenso no bastó para entrambos. Las abejas tienen un **Rey**; los ganados un **Pastor**; ¿y con todo eso creerás que el supremo poder está dividido en el cielo? ¿El poder de Dios, que no tiene principio ni fin, y es principio de todos los seres; que aun antes de haber producido nada, lo hallaba todo en sí; que con una sola palabra crió todo lo que existe; que todo lo arregla por medio de su sabiduría, de todo dispone por medio de su voluntad absoluta, y que no puede ser visto ni comprendido?

¡Oh! Es muy grande Dios, es muy incorpóreo, para que lo puedan percibir nuestros sentidos. Como es infinito é inmenso, no puede ser conocido tal qual es, sino de sí solo. Nuestra inteligencia es muy estrecha para abrazarlo; y nunca lo comprendemos mejor, que quando confesamos, que es incomprendible. El que se imagina que lo conoce, lo degrada; y el que se persuade que no lo degrada, no lo conoce absolutamente.

No hay necesidad de que le busquemos nombre, porque su nombre es **Dios**. Los nombres son necesarios para distinguir á cada particular en una muchedumbre: pero el nombre de **Dios** basta para aquel que es solo Dios. Si lo llamo Padre, Rey ó Señor, parece que le atribuyo algu-